

## CAPÍTULO XXV.

### CUARTA PROTESTA DEL PAPA.—MAZZINI EN ROMA.—ACCION DE LA CONSTITUYENTE.—DESARROLLO DE LA REVOLUCION.

EL centinela de Israel, firme en su propósito de cumplir la celestial consigna, abrió otra vez sus labios santificados por la eterna expresion de la justicia. Columna inquebrantable del derecho, se complacia en demostrar al mundo que una tras otra venian las olas á estrellarse ante su inmóvil pedestal.

Al leer el decreto de la destitucion de la soberanía pontificia, el sucesor de Gregorio VII dijo: *Est tempus loquendi*; y hé ahí la manera con que habló:

«Los continuos atentados cometidos contra el dominio temporal de los Estados de la Iglesia, preparados por la obcecacion de algunos, y ejecutados por hombres de malicia y astucia inveteradas, acaba de alcanzar el último grado de felonía en un decreto de la que se llama á sí misma Asamblea constituyente, dado el 9 del actual febrero, declarando la dignidad del Papa destituida de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado pontificio, y rigiendo un Gobierno que pretende ser de democracia pura, bajo el nombre de república romana. Fuerza nos es levantar de nuevo la voz contra un acto que se presenta á la faz del mundo con los caractéres múltiples de la injusticia; la ingratitud, la locura y la impiedad. Rodeado del sacro Colegio y en vuestra presencia, representantes dignos de las Potencias y Gobiernos amigos de la Santa Sede, protestamos en los términos mas solemnes contra ese decreto y le declaramos nulo así como lo hemos hecho con los actos anteriores. Testigos fuisteis, señores, de los acontecimientos de los dias 15 y 16 de noviembre último, deplorables para siempre, y con nosotros los habeis deplorado y condenado. En aquellos dias funestos confortásteis á nuestro lado vuestro ánimo. Vosotros nos seguisteis á esta tierra donde nos guió la mano

de Dios que encumbra y abate, empero el cual no abandona jamás al hombre que tiene confianza en Él; y aun ahora nos rodeais con una noble asistencia. Á vosotros, pues, nos dirigimos, á fin de que os sirvais expresar de nuevo nuestros sentimientos y protestas á vuestras Cortes ó á vuestros Gobiernos.

«Siendo los súbditos pontificios precipitados, por manejos siempre mas audaces de la faccion enemiga de la sociedad humana, en el abismo mas profundo de todas las miserias, manifestamos como Príncipe temporal, y mas aun como Jefe y Pontífice de la religion católica, las quejas y súplicas de la mayor parte de estos súbditos, los cuales piden ver rotas las cadenas con que se les abrumba. Pedimos al propio tiempo que se conserve á la Santa Sede el derecho sagrado del dominio temporal del que es hace tantos siglos legítimo poseedor universalmente reconocido; derecho que en el órden presente de la Providencia se ha hecho necesario é indispensable para el libre ejercicio del apostolado católico de esta Santa Sede. El vivo interés que se ha manifestado en el universo entero á favor de nuestra causa es una pública prueba de que ella es la causa de la justicia; por esto no queremos ni siquiera dudar de que sea acogida con todas la simpatías y benevolencias de las nobles naciones que vosotros representais.»

Obra de injusticia, de ingratitud, de locura y de impiedad, llama á la rebeldía romana el Padre Santo; y en efecto, ¿cuándo se presentó mas indiscutible que en la revolucion demagógica de aquellos Estados el atropello repugnante del derecho? ¿En qué páginas de la historia, sembrada de ingratitudes, se pinta mas negra la ingratitud de un pueblo que en la deposicion del Soberano mas benéfico? ¿Qué excentricidad se presenta mas loca que el proceder de aquellos hombres que, teniendo sobre su cabeza suspendida la indignacion de la Europa civilizada, convertian en inmunda orgía la solemnidad de una Constituyente? Y la impiedad del destronamiento de Pio ¿á qué cinismo es comparable, siendo como es él destronado la personificacion acabada de los derechos del cielo sobre la tierra?

El espíritu de la revolucion se hallaba en estado de decadencia, y la decadencia se convirtió en una verdadera prostracion, cuando, en medio de las bacanales del desenfrenado Carnaval, llegó á Roma la noticia de que los austríacos habian de nuevo invadido la ciudad de Ferrara, á causa de algunas provocaciones de parte de los republicanos impacientes.

El Ministro de la Guerra creyó llegado el caso de reanimar el fuego bélico extinguido en el pecho de los jóvenes; por esto en una fogosa proclama decia: «Ciudadanos, hasta hoy nos hemos presentado menos valerosos que mujeres, porque el soldado romano solo es grande siendo republicano. Lo sois ya; de hoy en adelante pareceréis mas que hombres; volveréis á ser los romanos de la antigüedad. Allí donde se desplegará vuestra bandera, la sombra de Bruto se estremecerá de alegría, y chispearán de entusiasmo los ojos de Mario.»

Esta invocacion á Bruto el asesino es un verdadero delirio, si es que no llegue á ser un intencionado crimen. El arma de Bruto fue el puñal; el puñal es la espada de los homicidas, no el arma gloriosa de los combates. Si la milicia de la libertad hubiera comprendido lo denigrante de esta frase, los soldados romanos, constituidos en tribunal, pidieran al Ministro de la Guerra estrecha cuenta de ella. El valor rechaza el homicidio; el hierro asesino es incompatible con la gloria é incapaz de ella.

Si Bruto se estremeció de gozo al ver las proezas de los guerreros romanos, la tierra debía estremecerse de espanto ante las espadas que regocijaban á Bruto.

Era preciso levantar á toda costa los ánimos decaídos; ¿cómo conseguirlo? La Asamblea constituyente dirigió al pueblo la palabra «soberana,» mientras preparaba una ovación mas que régia al patriarca de los agitadores italianos. La proclama de la Asamblea y la llegada de Mazzini á Roma ocuparon algunos dias la atención del público, ávido de grandes emociones, al paso que sobrecogido por siniestros temores.

Hé ahí el llamamiento de la Constituyente romana :

*Á todos los pueblos.*

«Un pueblo nuevo se presenta á vosotros para pedirlos y ofrecerlos un cambio recíproco de benevolencia, de respeto y de fraternidad. Este pueblo, que se os presenta como nuevo, fue en otro tiempo el mas ilustre de la tierra, empero entre su antigua grandeza y su actual resurrección intervino durante mil años el Pontificado. ¡Pueblos de la Europa! nos conocimos cuando el nombre del pueblo romano llenaba de terror, y nos conocimos cuando nuestro nombre era digno de compasión. Podeis aborrecer aquella época de dominación y de violencia; pero no podeis condenarnos á merecer la piedad del mundo.

«El pueblo del Estado romano ha querido reformar su organización política constituyéndose en república, y ante este acto trascendental de su soberanía el pasado se consume y desvanece. El pueblo lo ha querido; ¿quién es superior al pueblo? Solamente Dios; empero Dios crea los pueblos para la libertad.

«Puesto que lo ha querido el pueblo, no hay razón para que el pasado le exija cuentas de su proceder; el título de su soberanía es anterior á todo hecho humano.

«Empero, si dirigimos atrás las miradas, podemos tranquilamente contemplar las ruinas del Pontificado, que á su vez se levantó sobre las ruinas de nuestra antigua grandeza política.

«La historia de la Italia está llena de lágrimas, y una gran parte de ellas se atribuyen al Pontificado. Cuando el actual Pontífice tomó el cetro el mundo vió que los italianos estaban dispuestos á olvidar las faltas de sus antepasados. En nombre de un Papa estalló la revolución. Dióse con ello una prueba de lo que podía el Pontificado y de lo que Pio IX era incapaz de hacer. Los antecesores del Pontífice reinante eran demasiado prudentes para lanzarse á semejante prueba, la medida de su poder son las desgracias del pueblo. El último Papa se arriesgó el primero y puso manos á la obra, empero retiróse de ella cuando vió que habia descubierto la impotencia del Pontificado para hacer á la nación italiana libre, independiente y gloriosa. Quiso retirarse, pero demasiado tarde; hé aquí por qué la decadencia del Papa ha sido tan inmediata á su triunfo. Era una aurora boreal que precedía á las tinieblas. No lo esperábamos, empero el Pontificado nos contestó reaccionariamente. La reacción fue vencida. El Papa disimuló, y al ver la calma del pueblo fugóse. Con esta fuga violó la constitución, nos dejó sin gobierno, fomentó las discordias, se arrojó en los brazos del mas feroz enemigo de la Italia y lanzó la excomunión contra el pueblo...

«Semejantes hechos demostraron suficientemente que el principado del Pontífice ni quería, ni podía modificarse á sí propio; no quedaba otro recurso que sufrirlo ó destruirlo. El pueblo optó por el último extremo.

«El haber colocado la generosidad de antiguos gobernantes y la tolerancia asaz benigna de los pueblos al Pontificado en la ciudad de los Escipiones y de los Césares, en vez de ponerlo en el centro de la Francia ó en las riberas del Danubio ó del Támesis, ¿fue para que perdieran los italianos los derechos comunes á todos los pueblos, la libertad y la patria? Y si además es cierto que al poder espiritual del Pontífice es necesaria la posesión del temporal, aunque con esta condición fuese prometida por JESUCRISTO la inmortalidad á su Iglesia, ¿estaba por ventura reservado á Roma ser el patrimonio del Pontificado, y serlo para siempre? ¿Roma, patrimonio de una soberanía que para subsistir tenia necesidad de oprimir, y de perecer para ser gloriosa? ¿Y como patrimonio de los Pontífices ser causa permanente de la ruina de Italia? ¿Roma, cuyas tradiciones, cuyo nombre y hasta cuyas ruinas hablan tan alto á la libertad de la patria?

«Provocados y abandonados á nosotros mismos, hemos completado nuestra revolución sin derramar una sola gota de sangre; hemos reedificado, sin que el estrépito de la destrucción se dejase oír, hemos abolido la soberanía de los Papas despues de tantos siglos de dolores, no por odio al Pontificado sino por puro amor nacional.

«Cuando un pueblo ha sabido efectuar una revolución con tan notoria moralidad en su objeto y en sus medios, ha demostrado que es digno, no de servir al poder pontificio, sino de gobernarse á sí propio; ha probado, por consiguiente, que es digno de constituirse en república y de formar parte de la gran familia de las naciones, obteniendo vuestra estima y vuestra amistad.

«La república romana lleva el sello de su origen. Tendrá libre al pueblo para defender la independencia religiosa del Pontífice, al cual, mas bien que unos cuantos palmos de terreno dominado, le será preferible la religión de su pueblo republicano. La república romana se apresura á observar las leyes de moralidad y caridad universal en la conducta que se propone en el desarrollo de su vida política.

«Roma 2 de marzo de 1849.»

Este documento, firmado por Galletti, presidente de la Asamblea, y por sus secretarios Filopanto, Fabretti, Penachi y Zambianchi, es notable por la terrible lucha que sostiene en su fondo entre el odio á la naturaleza espiritual y temporal del Pontificado y las atenciones y respeto necesarios al hablar á un pueblo que todavía disfrutaba de las consecuencias y ventajas de las altas virtudes morales y cívicas, que son la base de la educación dispensada por los Papas.

Las calculadas reverencias hechas cívicamente á la autoridad espiritual del Pontífice dejaban entrever con bastante claridad el maquiavélico fin que se proponían. ¿Qué verdad podían encerrar unas frases respetuosas empleadas en pro de una autoridad de la que se decía que mantuvo alejado al romano pueblo de las naciones de Europa, cuando es evidente que por ella fueran salvadas sus mas esplendentes glorias, y que, gracias á la magnificencia de su trono, el mas excelso de la tierra, Roma fue la cabeza aureolada de los pueblos redimidos?

Las libertades de la edad media y los restos de la civilización cristiana en

la moderna, únicos puntos de apoyo de los verdaderos derechos del hombre, por Roma pontificia fueron salvos; por lo que, aseveren los demagogos lo que mayor gusto les cause, la historia dirá, y repetirá el porvenir, que el pueblo romano fue, bajo el cetro pontificio, siempre el pueblo libertador, jamás el pueblo esclavo.

Otra cosa sorprende el ánimo mas impasible en la lectura de la proclama á los pueblos por la Constituyente romana, y es el aplomo con que en ella se afirma que la moralidad precedió á la revolucion.

Consignadas quedan las indignidades y crímenes que formaron su preámbulo, y que la enseña enarbolada y bendecida por la demagogia fue el siempre deshonoroso é infame puñal.

Entre la civilizacion del Vaticano, cuyo emblema es la cruz salvadora, y la del Capitolio, que aceptó por trofeo el puñal homicida, la humanidad elegirá.

El hervor de las pasiones no será perpétuo; la fiebre pasará, y en el período de la meditacion, que sucede mas ó menos tarde, empero que indefectiblemente sucede al delirio de la accion ciega, la justicia será noble y gloriosamente vindicada.

En aquellos dias debia llegar á Roma el rey de la demagogia, porque es indiscutible que en ningun campo se nota un absolutismo mas completo que en el de los hombres emancipados de la autoridad religiosa y moral. La revolucion tiene sus monarcas y, aun mas, sus ídolos.

Mazzini era uno de ellos.

El grande agitador acababa de ser elegido diputado, é hizo su entrada solemne en la Asamblea el dia 6 de marzo. Al aparecer en la sala de la Constituyente los representantes del pueblo se levantaron, y el Presidente de la Asamblea le hizo sentar á su lado, rindiendo así un homenaje público á todos los absurdos sociales y blasfemias religiosas que habian salido de su venenosa pluma y de sus mortíferos labios.

¡Ah! si pluguiera á la Providencia en aquel acto decir á Mazzini: «Levanta, ó héroe del pueblo, levanta tus manos y muéstralas á la sociedad, y yo haré que al levantarlas se presenten al mundo teñidas por toda la sangre que han vertido,» ¡qué asco produjera á todo humanitario corazon la vista de aquella palma, que se pretendia fuese el símbolo de la libertad y de la fraternidad del hombre, confiada á unas manos por cierto nada puras! Empero Dios no precipita la hora de las grandes vindicaciones. Él ha dado un compás á los acontecimientos, como lo ha dado á los astros; y los acontecimientos vienen al paso que Dios les ha señalado.

Mazzini dirigió al pueblo su palabra elocuente:

«Si he practicado algun bien, dijo, Roma me lo inspiró. Jovencito aun, leia los anales de la Italia, y ya admiraba en ellos la Roma de los Césares, que conquistó el mundo con la fuerza de las armas, y luego la Roma de los Papas, que lo conquistó con la fuerza de las ideas. Me parece que una ciudad que ha reunido dos destinos tan grandes, que ha tenido dos épocas tan memorables, mientras que los demás pueblos se eclipsaban para no volver á aparecer; me parece, digo, que esta ciudad debe tener aun una tercera época, un tercer destino. Salud, pues, á la Roma del pueblo, sucesora de Roma de los Césares y de Roma de los Papas.»

¡Palabras dignas de meditacion! El filósofo de la revolucion anticristiana

empieza á consignar que los Papas realizaron uno de los grandes destinos de Roma, refutando así las aseveraciones emitidas cuatro dias antes por la Asamblea, que afirmaba que el Pontificado habia impedido al pueblo romano formar parte del congreso de los pueblos.

La influencia de Mazzini no tardó, como no podia menos, en dibujarse en la marcha de los acontecimientos. La revolucion obtenia en él la cooperacion de una fuerza real y dominadora. El primer hecho en que se dejó ver la mano del sagaz agitador fue la modificacion del Ministerio, que quedó constituido en la siguiente forma:

Aurelio Saffi, Interior.

Rusconi, Negocios extranjeros.

Lazzarini, Gracia y Justicia.

Calandrelli, Guerra y Marina.

Montechi, Obras públicas.

Sturbinetti, Instruccion pública.

Este Ministerio dedicóse preferentemente á organizar la defensa militar de Roma. Los gastos que le ocasionaba esta tarea dieron pretexto á consumir los mas repugnantes atropellos contra la dignidad y la propiedad de la Iglesia. Varias alhajas preciosas de la capilla Sixtina, una de las mas célebres del mundo, muchos tesoros pertenecientes á respetables templos, algunas de las mejores campanas destinadas á convocar al pueblo á la oracion, todo fue incautado á título de la urgencia de la salvacion nacional.

Difficil es trazar el cuadro de los desórdenes y anarquía triunfantes. Bastaba poseer un nombre sin mancilla para atraerse las sospechas de los poderosos y las injurias de las muchedumbres.

Los odios del infierno se desencadenaron contra el santuario, y la cristiandad romana mermada por numerosas defecciones empezaba á buscar en el ensangrentado suelo las bocas de aquellos venerables antros, á favor de cuyas tinieblas los primitivos discípulos de Cristo adoraban á Dios y santificaban sus almas.

Sobre todo lo santo cayó una profanacion.

La Asamblea, sintiéndose impotente ante la gravedad de los sucesos, determinó concentrar su poder, conservando en principio en sí propia la autoridad de la soberanía, empero depositando el derecho de su ilimitado ejercicio en un nuevo triunvirato que debian formarlo Mazzini, Saffi y Armellini.

La guerra entre el Austria y el Piamonte se habia recrudecido. Carlos Alberto blandia su espada contra el ejército de Radetzki, que desplomaba sobre la débil Italia masas considerables de disciplinados guerreros.

Roma sintió la necesidad de hacer una demostracion en favor de los piamonteses, y reconoció el deber de enviarles en apoyo armadas huestes; empero el genio bélico de los romanos solo se desplegaba en el papel. No era tan fácil envalentonarse ante la artillería austriaca como ante una docena de comunidades religiosas.

El nombramiento de un comité de guerra y una proclama del principe Canino fueron todos los recursos activos con que la ciudad de los Césares auxilió á su hermano gravemente comprometido en el campo de batalla á que su orgullo le habia arrojado.

Sin embargo, el Ministro de las armas, á fin de colorar la apariencia de un verdadero principio de guerra, decretó la celebracion de un triduo para im-

plorar las bendiciones celestiales sobre los soldados de la independencia, disponiendo que se cantara anticipadamente el *Te Deum* de la victoria.

El decreto que disponía el *Te Deum* de una victoria que no debía llegar jamás; el decreto que prohibía la caza de codornices en determinados contornos de los Estados romanos, y el que declaraba al Po río nacional, bastaron para caracterizar la fisonomía ridícula y pueril de la Constituyente. No era ya aquello un pueblo digno y formal, era un pueblo cómico que, comparado con el de otros tiempos, no podía aspirar á mas que á ser considerado como una caricatura de pueblo.

Verémos despues el desenlace de la lucha del Piamonte contra el Austria.

Cuando la noticia del desastre de Novara llegó á Roma, sus gobernantes cayeron en la mas profunda consternacion; aunque el triunfo del Austria hacia insostenible la posicion de la república, fingieron una calma estóica, y haciendo alarde de un valor y de una impresionabilidad inverosímiles, lanzaron al pueblo esta proclama:

«Ciudadanos italianos: Vencido el Piamonte, caida Génova, conmovida la Toscana por culpables tentativas de reaccion, concéntrase en Roma la vida italiana. ¡Que sea, pues, Roma el corazon de la Italia, el hogar de los pensamientos generosos y de los hechos dignos de nuestros antepasados! La vida, concentrada en Roma, irradiará sobre todos los miembros dispersos de la familia italiana, que obtendrán nueva fuerza por el influjo de vuestros buenos ejemplos.

«Lombardos, genoveses, toscanos, todos nuestros hermanos por la patria y las creencias, venid á Roma; ella os abre los brazos maternales.

«Los fuertes hallarán en ella un campo digno de sus hazañas, los débiles hospitalidad y proteccion.»

No era tan fácil hacer irradiar la fuerza y la vida como el crimen y la blasfemia.

La sola idea de la posibilidad de una derrota conturbaba á los héroes de la palabra, por esto juraron no ser derrotados.

El día 14 de abril, el presidente de la Asamblea, Salicetti, expedía un decreto concebido en los siguientes ridículos términos:

«La Asamblea constituyente romana, teniendo en consideracion los últimos acontecimientos, declara: La república romana, asilo y muralla de la libertad italiana, no cederá, ni transigirá nunca.

«Los representantes y los triunviros juran en nombre de Dios y en el del pueblo que la patria se salvará.»

Dios ratificó desde el cielo este juramento. La patria por entonces se salvó, aunque por caminos diametralmente opuestos á las decisiones de la Asamblea.

El triunvirato creyó necesaria una nueva modificacion ministerial. Pocos hombres eran capaces de resistir el vendaval de las pasiones desencadenado contra las regiones del poder. Los ciudadanos todos interpretaban la igualdad de derechos por el derecho de obtener todos un ministerio. Y en efecto, si todos los hombres son iguales, y hay hombres ministros, ¿por qué no deben ser ministros todos los hombres? La revolucion tiene su dialéctica.

Los nuevos ministros fueron:

Rasconi, Negocios extranjeros.

Pichat, Interior.

Sturbinetti, Instruccion pública.

Manzoni, Hacienda.

Lazzarini, Gracia y Justicia.

Montecchi, Obras públicas.

Calandrelli conservó la cartera de Guerra, hasta que algunas semanas despues fue confiada al aventurero genovés Avezzana.

Mazzini, cuya alma se gozaba en la perpetracion de los mas enormes sacrilegios, resolvió profanar la basílica de San Pedro mandando se celebrara en ella la Semana Santa y la Pascua, á pesar de resistirse á ello el clero, fiel á la autoridad pontificia. Algunos sacerdotes, que, si no habian abjurado declaradamente la fe, habian abdicado sin rebozo su dignidad, se prestaron dóciles á representar un lamentable drama en el mas severo santuario de la tierra. Spola y Gavazzi, presbíteros de la demagogia, subieron las gradas del altar reservado al sacrificio divino por las pontificias manos ofrecido.

Allí, y en aquel acto terrible y solemne, los generales y jefes del ejército romano, aunque perjuros en su casi totalidad, juraron ser fieles á la república; aquel día Roma indignada presenció como Spola, el intruso celebrante, apareciendo en la tribuna desde la cual el Padre Santo acostumbra bendecir el mundo, parodió la papal bendicion, mientras una atrevida mano fijaba en el obelisco levantado por Sixto V el sacrilego remedo de una bula, que decia:

«Nos pueblo y rey, por la gracia de Dios, hemos resuelto y decretamos:

«Los Papas todos, desde Pro IX, quedan privados de la potestad temporal, especialmente aquellos que se muestran hostiles á la unidad italiana. Nos pueblo, con la potestad que fue y será siempre la de Dios y la del pueblo, enviamos á Pro IX nuestra maldicion, y le declaramos depuesto con solemne anatema.

«En el mismo nombre de Dios omnipotente y del pueblo soberano declaramos desvanecida la eficacia de la excomunion por todos los siglos de los siglos, y damos facultad para que en adelante el colegio de cardenales sea llamado *colegio del infierno*.»

El desdichado presbítero Spola bendijo á los maldicientes del Pontífice.

«De todos los ángulos del mundo, dice Crétineau-Joly historiando aquellos días de Roma, llegan allí *condottieri* que tienen la patria donde quiera que puedan levantar una barricada, y Maslowicki, Hang, Stewart, Laviro, Podulak, Fopfer, Gabet, Lopez, Isensmid, Dobrowoleski, Besson y crecida muchedumbre de aventureros sicilianos, milaneses, genoveses, napolitanos y piamonteses, forman el estado mayor de aquel ejército «indígena.» Garibaldi, el espadachin de Montevideo por oficio, al igual que Avezzana, que tenia el de vendedor de cigarros en Nueva-York, propónense por aficion ser los libertadores de los romanos.

«Junto á estas legiones de malandrines, que se aprestan á parodiar á los Cincinatos y Escipiones, han de colocarse hermanas hospitalarias á la altura de su virtud. La princesa Beljogioso se encarga de su educacion, y únicamente logra reunir prostitutas.»

Roma era como la cloaca donde iban á desaguar todas las inmundicias morales de la tierra. No habia allí ley, ni freno, ni rubor. Las obscenidades del paganismo resucitaron como por encanto; Marte, Vénus, Baco constituian la celestial trinidad á la que levantaban sus aspiraciones y votos las masas alentadas y dirigidas por la trinidad terrenal, que la formaban Mazzini, Saffi y Armellini.

Á pesar de las depredaciones y saqueos de las casas religiosas y objetos sagrados, la república sentía una escasez de recursos que le era mortal.

El empréstito forzoso que había decretado se cubría con inmensas dificultades, ó mejor, no podía de ningun manera hacerse efectivo. Las amenazas decretadas por el Ministro de Hacienda ponían en evidencia la falta de popularidad de la república; por otra parte, ¿cómo podía cimentarse el crédito en una situación que un día y otro día echaba á la calle bonos sin garantía correspondientes á millares de millones?

Mas, salgamos ya por breve tiempo de Roma; emprendamos una rápida excursión por la Península italiana, y tracemos á grandes rasgos el cuadro que ofrecían los pueblos de aquella region tan privilegiada por el Señor: examinemos la situación de la Italia en aquel período histórico.

## CAPÍTULO XXVI.

### SITUACION DE LA ITALIA DESDE MEDIADOS DEL AÑO 1846

HASTA LA INTERVENCION DE LAS POTENCIAS CATÓLICAS EN ROMA.

LA Italia ha sido en todo tiempo teatro de la mas viva agitacion. Existe como encarnado en ella un gérmen de division profunda. Remontándonos á la época del imperio romano, encontramos diseñadas las trascendentales diferencias que debían estallar á la caída de aquel régimen sobre cuyas impotentes ruinas no pudo levantarse edificio nacional sólido y robusto como otros pueblos en otras regiones levantaron.

Campo escogido para dirimirse los grandes litigios del Oriente y del Occidente, la Italia recibía simultáneamente en sus respectivos miembros sentimientos é inspiraciones opuestas, segun el carácter y los intereses de los poderes con que se familiarizaban.

España, Francia y Austria se han disputado con torrentes de sangre, como dice Balmes, los pedazos de aquel país siempre descoyuntado.

Venecia, Génova, Roma, aunque enlazadas por la unidad de creencia y de idioma, se han considerado bastante ricas en tradiciones, bastante robustas en fuerza y bastante elevadas en destinos para constituir pueblos independientes en su legislacion y en su comercio. Y en efecto, aunque reducidos en poblacion y de limitadísimas fronteras, los pueblos italianos dieron en determinadas escenas históricas pruebas suficientes de valor.

No ha sido en Italia la falta del sentimiento de independencia la que ha impedido la constitucion de la unidad nacional; al contrario, la exuberancia de aquel noble sentimiento, la pretension de hacerse independiente hasta respecto á la gran masa italiana, ha hecho que cada pueblo se reputara una nacion, y que la multiplicidad de las naciones italianas redujera á un valor nominal la verdadera nacionalidad.